

Entrevista a Antonio Pérez

Jesús Marchamalo

Una mañana de noviembre, en Cuenca, soleada como una premonición. El taxi me deja frente a una casa en la parte alta de la ciudad; una puerta verde en la que la aldaba suena con un eco metálico y duradero. Una vecina que barre la acera en el portal de al lado, me dice que Antonio Pérez no está, pero que lo encontraré en la fundación, un poco más arriba.

Doy con él, finalmente, en la biblioteca, ante una mesa inmensa llena de libros colocados en pequeños montones, posiblemente ordenados con algún criterio que al observador se le escapa.

Se sienta al lado de una ventana que da a la hoz del Huécar, y que parece un cuadro más en la pared, en vez de un hueco. Nacido en Sigüenza en 1933, fue librero, en París, editor, fundador de Ruedo Ibérico, amigo de escritores y artistas, y buscador de objetos encontrados. En la actualidad es presidente honorífico de la fundación que lleva su nombre, creada en 1997 a partir de las obras —cuadros, grabados, libros, esculturas y objetos— que ha ido coleccionando durante años, hasta ahora.

— *Podríamos decir que todo comenzó a finales de los 50, cuando decide cargarse una mochila y recorrer ríos. ¿Cómo surgió la idea?*

— Mi padre era especiero y se ganaba la vida por los caminos con sus recuas de mulas vendiendo pimentón. Y aunque a mí no me gustaba el comercio, sí me interesaba mucho el mundo rural, la añoranza de ese mundo antiguo, campesino. Y siempre he tenido atracción por los nómadas, los vagabundos; y andar, creo que lo más profundo que he hecho en esta vida ha sido ver y andar. Todo eso, junto con las primeras lecturas de Baroja, y de Cela y su *Viaje a la Alcarria*, me llevó a plantearme recorrer los ríos de España, el Duero y el Tajo. En realidad, la idea era visitar el nacimiento del río y los pueblos de la zona, a pie naturalmente, aunque a veces me llevaban en furgoneta, en coche o incluso en bicicleta, y conocer el mundo vecino al río.

— *Llevaba, creo, un cuaderno donde invitaba a la gente a firmar, y conserva páginas anotadas por el obispo de Cuenca, por ejemplo, pero también por Ruano, Saura, Millares...*

— Era una libreta encuadernada en cuero, de las que usaba mi padre para llevar las cuentas, y yo la utilizaba para que la gente firmara, o dibujara, o pusiera lo que quisiera porque el viaje, en realidad, era una excusa para entrar en las casas, en las tiendas, en las notarías, en todos los sitios, y para conocer gente. También me detuvieron no sé cuántas veces porque en aquellos tiempos era muy sospechoso ver a un joven con mochila por el campo. Pero enseguida llamaban a Sigüenza, y me dejaban ir.

A Cuenca llegué en autobús, y me encontré por la calle con Berrocal, el escultor, a quien ya conocía, que me habló de dos jóvenes que vivían aquí, Saura y Millares, y a quienes me animó a visitar. Así que me acerqué a su casa, y nos caímos de maravilla. Me invitaron a comer, estuvimos hablando y cuando volví de visitar el río, me quedé unos días con ellos.

— *Saura, al que usted llamaba en broma, muy ceremonioso, «el señor que vive enfrente», fue amigo suyo durante años, ¿qué tipo de relación mantenían?*

— Una relación muy íntima, muy personal, fue uno de mis mejores amigos, la persona con la que yo creo que más he vivido y viajado. Me hizo, en ese primer viaje a Cuenca, un dibujo magnífico en el cuaderno, después vino a visitarme a Sigüenza, y a partir de ese momento, toda la vida fuimos ya amigos. Cuando me fui a París, no sé si con 500 pesetas, lo primero que hice fui visitar a Antonio Saura, que me encontró enseguida un trabajo de lavaplatos en el restaurante de la Escuela de Bellas Artes, después en Ruedo Ibérico él me hizo varias portadas, y aquí en Cuenca, cuando volví tras la muerte de Franco, compré una casa enfrente de la suya, y cuando me hice editor el primer libro de la colección *Antojos* lo hice con Saura, es decir, que hemos sido muy amigos.

— *También fue amigo de Ruano.*

— Es un caso diferente. Ruano veraneaba en Sigüenza, y escribía en *Pueblo*, el periódico, una columna diaria donde un día dijo que le pare-

cía raro que no hubiera llegado a verle todavía ese poeta joven que hay en todas las provincias, deseoso de que leyeran sus versos. Y claro, me lo puso en bandeja: me presenté, le dije que tenía 18 años, y que era el joven poeta. Tuve con él una relación curiosa, yo creo que le sorprendió que le hablara de Hemingway y Faulkner. Yo entonces era un hombre fuerte, fornido, y recuerdo que decía: cómo es posible que los tábanos en vez de picar a este muchacho joven, robusto y lleno de salud, me piquen a mí, que soy un hombre decadente, qué tontas son las moscas. Habló bastantes veces de mí en su columna, y me encantaba, claro. Era un hombre peculiar, Ruano, muy de derechas pero al tiempo muy provocador. Recuerdo que una noche en el Capitol, un baile muy decimonónico que había entonces, sirvieron unas codornices, y él dijo: aparten, por favor, de mí al Espíritu Santo. Tenía conmigo una cierta complicidad irreverente, le encantaban esas cosas.

— *Siempre me he preguntado cuánto tiempo dedicaría Ruano a perfilarse el bigote.*

— Era un hombre que cuidaba mucho su aspecto, sí, esa imagen de dandi un poco canalla. Y fíjate, descubrí un día uno de sus trucos, porque siempre me llamó la atención que saliera en las fotos enseñando el puño de la camisa, y es que llevaba un doble puño, para que se viera.

— *A principios de los 60 marcha a París, una ciudad de acogida entonces, llena de artistas, refugiados y conspiradores.*

— Sí, es verdad que aquél era un mundo interesante, muy solidario, muy duro, pero en el que todo el mundo se ayudaba muchísimo: tenías una habitación, y enseguida te hablaban de un muchacho que venía de León, o de donde fuera, y que se instalaba en tu casa. Yo he llegado a tener cuatro o cinco personas viviendo conmigo. Era muy fácil vivir, lo más urgente era comer, y fregando platos o descargando camiones se conseguía el dinero suficiente. Recuerdo que la gente no tiraba los periódicos, sino que los guardaba y los amontonaba en los descansillos atados con una cuerda, para que pudiéramos recogerlos y venderlos, eso te demuestra la solidaridad de entonces. Y existían también los famosos comedores universitarios donde se comía maravillosamente por un franco de la época. Hubo gente que, durante muchos años, vivió de estudiante. Cioran, por ejemplo, ya

escritor consagrado, iba a comer a uno de estos sitios, donde hacía cola con los estudiantes.

— *He leído que Cioran vivía en una habitación minúscula llena de libros, en un ático sin ascensor.*

— Vivía en una *chambre de bonne*, que decíamos en aquella época, una habitación de criada. Porque en París había muchos edificios que tenían las famosas mansardas, la zona donde vivían las criadas que después bajaban a trabajar a las casas de los señores. Cuando desaparecieron las criadas, y la burguesía, esas habitaciones empezaron a alquilarse.

— *Y en París comienza a trabajar en la mítica librería La joie de lire.*

— Bueno, primero trabajo en un restaurante fregando platos, lo que para mí era un trabajo magnífico porque me pagaban a diario, y a diario me compraba un libro. Más tarde estuve en otro restaurante importantísimo cuyo nombre provocaba la hilaridad incluso a los franceses, *La polka de las mandíbulas*. Era un restaurante-cabaret donde trabajaba por las noches y donde algunas veces me venía a buscar Antonio Saura, y era muy curioso porque Jean Genet venía también a buscar a un amigo argelino que trabajaba conmigo, y Antonio tenía muchísimas ganas de conocerle, y nunca coincidieron. Del restaurante pasé a trabajar en la librería *Le globe* y después conocí a José Martínez, un viejo anarquista que decidió fundar una editorial donde se publicaran los libros prohibidos por Franco. Me invitó a sumarme al proyecto, y se me ocurrió que podría llamarse Ruedo Ibérico, un nombre un tanto retórico a estas alturas, pero que entonces quedaba muy bien. Y luego, ya sí, pasé a trabajar en *La joie de lire*.

— *Y allí es donde todo el mundo afirma haberle conocido.*

— Es verdad. Hay una novela de Guelbenzu donde narra una visita a la librería y cuenta que me encontró allí, y que se convirtió en mi amigo mil y pico. Es broma, claro, pero *La joie de lire* era probablemente la librería más importante que había entonces en París, eran dos librerías en realidad, una enfrente de la otra en la misma calle, fundadas por Françoise

Masperó, y también era una editorial que publicaba libros anticolonialistas, y sobre temas cubanos. Estaba abierta hasta las 12 de la noche, y era visita obligada de la progresía del mundo entero, un lugar que frecuentaban muchísimos escritores y artistas. Me ha ocurrido más de una vez que, en cualquier ciudad del mundo, me he encontrado con gente que me reconocía de la librería; en Nueva York, en Marruecos, y en un bar aquí en Cuenca, hace años, donde un cliente me preguntó si era el mismo.

— *Entre estos mil y pico amigos suyos están Félix de Azúa, José-Miguel Ullán, Juan Goytisolo, Carlos Fuentes, Juan Marsé...*

— Cortázar, Alejo Carpentier, Fernando Savater... Y, efectivamente, Marsé, a quien me une una amistad muy profunda. Cuando le conocí acababa de publicar en Barral, y Carlos me lo mandó para que le buscara un trabajo, y le encontré uno en el Instituto Pasteur, él lo ha contado mucho en sus novelas, como cuidador de cobayas. Y nos pasábamos muchas noches enteras Marsé y yo hablando y paseando, porque existía la costumbre de comer en casas de los amigos, donde llevábamos una botella de vino, o un paquete de camembert, y luego le acompañaba andando a su hotel, y recordábamos la famosa anécdota de Baroja y Solana paseando, allí en París, y diciéndose el uno al otro: mira, allí viven los ricos.

— *Marsé escribió de usted: «La cabeza de Antonio Pérez es una evocación risueña de un mascarón de proa». Conociéndole, ¿es un piropo?*

— Conociéndole, seguro que lo es. Un piropo fino y amistoso en lugar de decir que tengo la cabeza grande. Otro amigo mío dijo que tenía una cabeza importante, ya ves.

— *Creo que estuvieron juntos en un jurado del Premio Ruedo Ibérico, ¿qué le pareció su estampida, hace unos meses, del Planeta?*

— No fue exactamente jurado sino que me echó una mano en la selección de los manuscritos, pero Marsé siempre ha sido muy apasionado por la literatura y muy serio en el trabajo, así que no me extraña su postura con el Planeta. Era una época muy curiosa, de gente muy joven pero ya envenenados por la literatura y el arte.

— *Durante un tiempo hubo gente que pensó que su nombre, Antonio Pérez, era en realidad un pseudónimo.*